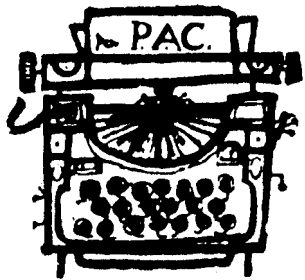


escrito a máquina

Notas de viaje

## FLORENCIA

## o una entrevista con Venus



El nacimiento de Venus, detalle del cuadro de Sandro Botticelli.

He llamado siempre a Florencia la "ciudad novia" (y he ido a ella cada vez que he llegado a Europa) porque en su historia, en su belleza y en su arte es la promesa, o la prometida —la ciudad que pudiera ser nuestras pequeñas ciudades si nosotros, en vez de creer que el hombre ha sido hecho para el dinero, nos convenciéramos de que el dinero ha sido hecho para el hombre.

París es demasiado para novia (aunque Rubén Darío la llamó "su querida"). Roma es abuela. Y otras ciudades, aunque bellas, son el fruto de la voluntad de poder o fruto de la riqueza o de motivaciones demasiado ajenas o inasequibles. En cambio Florencia, pequeña, hija de sí misma y no de fuerzas imperiales, mediterránea como hoy lo somos nosotros en este conmovido corazón caribe del Nuevo Mundo, levantada entre guerras civiles, surgida de una política tan confusa como la nuestra (de gibelinos y gibelinos —conservadores liberales en salsa medieval— de francos, de intervenciones extranjeras, sandinos muertos y poetas exilados), coordinó de pronto una serie de factores que pudieran estar a nuestro alcance y logró eso que fue y es: el fruto de la voluntad de Belleza.

El florentino que recorría su ciudad en el siglo XI (y nosotros sólo tenemos 4 siglos de edad) no recorría una ciudad mayor que Granada y seguramente menos bella y más pobre. Dos siglos después había surgido en Florencia un Dante (a nosotros nos ha surgido siete siglos antes un Rubén Darío, estatura menor pero hermosa talla para jefe de filas) y comenzaba a pintar iglesias la maravilla de un Giotto. El Infierno del Dante está lleno de Emilianos Chamorros y de Somozas, y aún de Obispos. La política no era menos política que hoy. Pero un Cosme de Médicis y la familia Médicis (cuyo gran capital inicial se calcula en cincuenta mil dólares.... (nunca la administración de 50 mil dólares ha producido tanto fruto de arte!) y los buenos burgueses y los laboriosos artesanos quisieron una cosa: lo bello. Y llamaron y protegieron a los autores de lo bello. Y un pastor de ovejas que llega a ser un gran pintor, el Giotto, hace el Campanile, la incansablemente bella torre de la Catedral de Santa María de las Flores. Y Miguel Ángel las estatuas de la Lonja —q' era el lugar donde los comerciantes vendían y compraban— y Brunelleschi hace templos y edificios: y se fomenta su existencia y los poderosos no creen que con el poder se tiene todo, sino que quieren el poder con belleza. Y los ricos no creen que son ricos si la riqueza no les hace acequible la belleza. Y los artesanos no creen que con la utilidad se tiene todo, sino que añaden a la utilidad la belleza.

Esto se llamaría "Urbanidad" en su más pristino significado, o sea cuando la cultura —toda nobleza— que se convive comunitariamente llega a saturar de tal manera la conducta humana que la expresa con naturalidad, como los buenos modales el individuo educado, sin mostrar tener conciencia de ello. Usando las palabras de Romano Guardini: "Una cultura que por tanto, se ha convertido en natural. Como una atmósfera que abarca todo, un ritmo que vibra sobre todo; un modo de ser que dignifica a la humanidad". Es la viva Urbanidad —esa palabra que significa un modo de ciudadanía donde el hombre no ha perdido su "personalidad" y donde la ciudad sigue en relación con la naturaleza aún cuando la sublime, la espiritualice y la sature de formas.

Y, repito, la política no era menos endiablidamente centroamericana que la de Centro América. Pero subsistía un culto, respetuoso y creciente, por lo que he llamado Belleza y que puede llamarse cultura pero que es algo más —en espíritu y verdad—; y así, entre cuartelazos, guerras civiles y tiranías, a como surgía un Cimabue, un Masaccio, un Piero della Francesca, un Botticelli, un

Beato Angélico, o atraía del vecindario toscano a un Leonardo o a un Miguel Ángel, o daba un Donatello, o un Dante Alighieri, o un Petrarca (de familia florentina aunque nacido en Arezzo) o acogía a Bocaccio, producía también el vino "Chianti" —la Florencia de las bebidas—, o el aceite de oliva de Lucchesia —óleo imaginado por pintores— o la cocina toscana y aun los mármoles de Carrara que daban al Arte la materia prima terrestre más cercana al celeste mundo de los sueños. Ellos, los florentinos, se afirmaron en lo que nosotros los nicaragüenses pudiéramos afirmarnos a pesar de nuestra pequeñez, de nuestra indecorosa política, de nuestro llamado "subdesarrollo". En una voluntad de cultura, que puede llamarse también voluntad de Belleza, pero que es algo más: Es el anhelo de Verdad que va inseparablemente unido al de su formulación. No sólo la Verdad enunciada, sino la verdad que ha adquirido forma. Porque (cito los versos de Salomón de la Selva):

Nada es intelectual si no es belleza: proporción que deleita a la mente, luz que la alumbra, única verdad satisfactoria que a sí misma se prueba!!!

## BOTICELLI, MI GUÍA EN FLORENCIA

Sandro, el enfermizo, que se apartaba de la bulliciosa muchachada florentina para mirar por horas enteras el color de Venus sobre las aguas transeuntes del Arno; Sandro (o Alessandro) el que cargaba, encogiendo los hombros, con el apodo de su alegre abuelo, a quien, por su boca de bebedor le decían Boticello o boca de botella; Botticelli, si, el solitario amigo del poeta Agnolo Poliziano y del fulminante Savonarola, el confidente de Giuliano de Médici —a quien asesinaron los políticos—, el retratista de la bella Simonetta Cattaneo, la más linda mujer de su siglo (del Quattrocento) de quien toda Florencia, incluso Botticelli, estaba enamorado; Sandro Botticelli puede ser nuestro guía para arrancar a Florencia (la Ciudad-Novia) debajo de su velo, la frase, la sola y breve frase que necesita el viajero para que su mirada de turista se convierta en mirada posesiva de enamorado y para que el VER se ahonde y profundice en CONOCER.

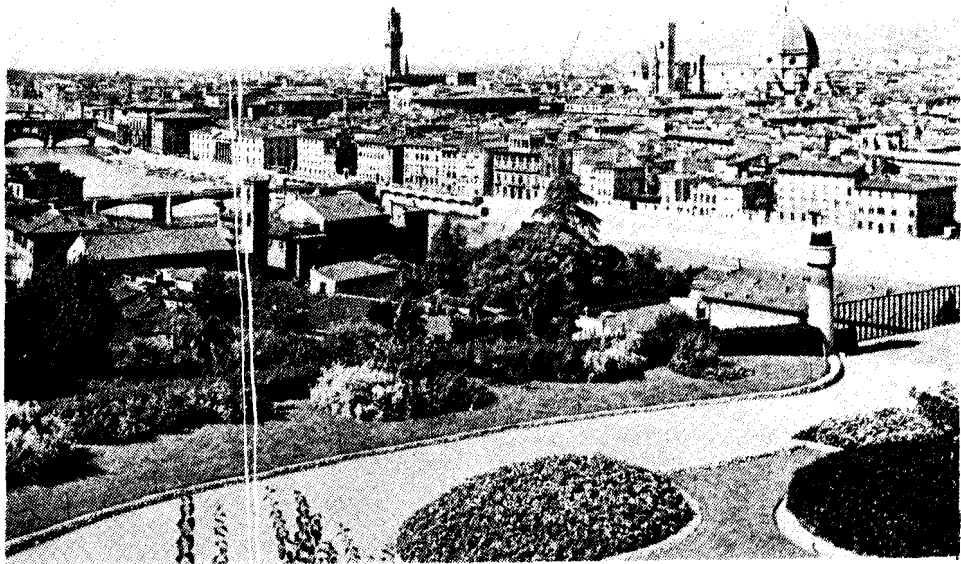
Pero Botticelli es el pintor. El Arno que pasa bajo el Puente Viejo —donde el Dante conoció a Beatriz— es para Botticelli un río de nostalgia, de olivos y álamos disueltos, de verdes fluidos donde se refleja el lacrimoso brillo de las estrellas. En ese divino reflejo, que es como llanto al atardecer, Botticelli mojó sus pinceles y nos dejó las pinturas más hondamente empapadas del espíritu de su tiempo, del espíritu de su ciudad. Botticelli es la expresión más atormentada pero al mismo tiempo más diáfana y fiel del Renacimiento y el Renacimiento es la puerta de entrada a nuestro tiempo, a nuestra edad, tiempo que comenzó canonizando la nostalgia y que se está cerrando, en un crepúsculo nuclear, canonizando la angustia.

## UNA MUJER PASA JUNTO AL ARNO

Botticelli como buen artista que era (y que es, ¿acaso mueren los artistas?) centraría todo lo que hoy nos resulta símbolo y signo de una época en el simple pero complejísimo hecho de su amor (amor silencioso, platónico pero en su intensidad casi fabuloso) por Simonetta Cattaneo. Nos diría cómo esta linda jovencita fue electa una vez Reina del Torneo o de las Justas de Primavera, y cómo su aparición en la carroza de los juegos trastornó, enloqueció a Florencia. El joven Juliano de Médicis, el futuro mártir de la política, ya no tuvo otro pensamiento que la "bella Simonetta"; la juventud florentina ya no tendría otro tema para sus serenatas, ni los poetas para sus versos, ni los pintores para sus cuadros. Era —dice Piero Bargellini— la "sans par". La sin par. En la ciudad democrática de Florencia, donde todos debían ser iguales, se tenía un culto por lo "sin par". Lorenzo de Médicis, el Magnífico, era "el sin par" y así, detrás, o a la sombra de la democracia era el Poder, y mandaba sin par. Y la "bella Simonetta", era la sin par, y gobernaba sin cetro ni corona a la ciudad rendida. Pero Simonetta era casta y retraída. Era la inasequible (la revivencia de Beatriz, la encarnación de Laura) Y se casó como cualquier doncella florentina y fue fiel y amante esposa del joven Marco Vespucci. Eso no obstaba para que Florencia prosiguiera enamorada. Para que la música llegara a sus ventanas, y su nombre fuera siempre el tema de los cantos y el modelo de los artistas. Hasta que un día, negro para Florencia, la muerte arrebató a la bella Simonetta en plena juventud!

## ORFEO SE HACE PINTOR

¡Nadie es capaz de adivinar lo que un corazón silencioso de un artista guarda en sus abismos! El solitario Sandro Botticelli, el pintor que nos sirve de guía, aquel que sólo veía y guardaba en silencio lo que veía, ardía en callado amor por la bella Simonetta pero al golpe de la muerte el fuego ya no tuvo contención y se hizo llama y quemó las paredes de su sagrario y consumió todo. El pintor se



arrojó contra la muerte, batalló obstinadamente con ella para arrebatársela con sus pinceles el rostro, el cuerpo, las divinas formas que la muerte le robaba. Y ya no hay otra mujer en sus mujeres que Simonetta, reconstruida, recuerdo a recuerdo y detalle en detalle en cada Madona, en cada dama, en cada maravilla del más delicado pintor de la feminidad Florentina. "Es el Orfeo de esta Euridice que dejó en llanto a una ciudad entera", dice Bargellini.

## NACE VENUS

Así llegó el momento en que Botticelli-Orfeo ideó el cuadro de su vida, su obra maestra: EL NACIMIENTO DE VENUS. Iba a ser el cuadro revelación de la nueva época, de la nueva edad que se abría, y quien iba a presidir ese cuadro, desnuda, deslumbrante de desnudez pero intacta, intacta como una estrella intocable y emcendida, era la amada muerta, la bella Simonetta. ¡Nunca imaginaria el Renacimiento ni Florencia, que es el Renacimiento hecho ciudad, que esta joven dueña del prodigio —la dulce, la reservada esposa de Marco Vespucci— llevaba en sus ojos un poco tristes y en su cuerpo resguardado y musical, la desnudez de muchos siglos y su símbolo!

## DEJEMOS QUE BOTICELLI NOS LA MUESTRE:

Ella (¡ya sabemos quien es ella cuando el pincel de Botticelli pinta!) es Venus. Surge del mar y está de pie en la flotante concha de nácar, desnuda —"priva dogni vestito, ma non del suo pudore"— despojada de todo vestido, más no de su pudor, con una mano tímida sobre los senos y otra cubriendo su sexo con el final de sus largos cabellos, ramo de serpientes mansas que aún no saben su peligroso oficio. A su derecha Céforo y Clori avivan el viento sobre un mediterráneo suavemente encrepado y cansado, y se supone una primavera de flores visitando el esplendor de la desnudez naciente. A la izquierda esperando en tierra a la hija del mar, Flora con su ritmo de estaciones, con su danza creciendo y moviéndose desde el pie —la planta— llega a cubrir la con su manto mortal.

Botticelli ha elevado —sobre un fondo inefable color de lágrima, azul de aves antiguas y fábulas marineras— el rostro de una tristeza jamás conocida. Venus va a llorar. Llora en la humildad de sus ojos, como una estrella. Venus es triste.

—¿Por qué?  
"Una época que agoniza cirea siempre un sentimiento de tristeza", pero el

nacimiento de Venus es el nacimiento de una época y no su crepúsculo. Sin embargo, ese nacimiento se llama Renacimiento. Y en renacer? no hay acaso presupuesta y también quizás, proyectada una muerte?

¿Es que el Amor, al sentirse nacer o renacer en una forma pagana, dejó aflorar hasta su rostro su conciencia de que ya no puede asumir la forma de Venus sin angustia o que esa forma pagana ya no puede ser suya sino a costa de un inmenso e infinito Bien perdido?

¿Encierra, acaso en su tristeza todo el drama del hombre cristiano en nuestro tiempo?

¿O es que Venus, en su desnudez, sabe que ya no la ven y que ya no la verán los ojos antiguos, los ojos contemplativos, sino el ojo nuevo de una edad nueva, el ojo que ya no contempla sino que analiza, el ojo implacable y científico "que no se sumerge en las cosas, sino que se apodera de ellas", el ojo que ha abandonado el cristal —limpio y natural— de la poesía, para calarse el lente de una técnica fría, subyugante y ya muy pronto inhumana? O peor aún ¿es que Venus se siente mirada por el ojo financiero, que ve su belleza con el solo criterio de negociarla, de venderla, de convertirla en dinero? ¿Vislumbraban, acaso, sus ojos en la lejanía el horrible mundo de nuestra civilización de compraventa, donde no sólo la belleza sino la justicia y el amor se venden, y donde la ciudad sólo se concibe como una suma de centros comerciales, sin relación humana, sin goce por la vida, sin piedad con el que fracasa, sin alegría ni aliciente para el pobre?

...Yo siento que los ojos de Venus —que son los ojos de Florencia— miran hacia mi desolada ciudad de Managua y me reprochan: —"Si hubieran aprovechado la destrucción (¿no dice un aviso comercial: "Managua, como la Venus de Botticelli, renacerá de sus ruinas... etc.??), si hubieran aunado, con pobreza pero con dignidad, los medios de que disponían ¡qué hermoso legado hubieran podido dejar, arrancado de la desgracia, a las futuras generaciones!!

Pero, para crear formas bellas materiales, se necesita que dentro del hombre esté encendido un espíritu humanista y generoso. ¿Qué puede surgir de la sordidez, de la codicia vulgar y centavera o de la política concebida como rapiña? —El orden externo supone un orden interno, una armonía. ¿Se puede crear una sinfonía con disparos de "garands"?

PABLO ANTONIO CUADRA